

LA ALIANZA DEMOCRÁTICA SURGIÓ EN 1983 PARA REUNIR A DOS CULTURAS POLÍTICAS QUE ANTES SE HABÍAN ENFRENTADO

El ADN del pacto de la DC y el socialismo

Rafael Fuentealba LN 31 de diciembre de 2006

Al calor de las protestas que sucedieron a la crisis económica que comenzó en 1982, la oposición de centro e izquierda moderada se articuló en un instrumento que está en la base del pacto histórico que facilitó la transición y la formación de la actual Concertación.



Sergio Onofre Jarpa era embajador en Argentina en el otoño de 1983. En Buenos Aires, una ciudad donde el retorno a la democracia se hacía irreversible empujado por la derrota de Malvinas, el ex senador del Partido Nacional se enteró de cómo la crisis económica en Chile se disparaba. El 13 de enero el ministro de Hacienda, Rolf Luders, había decretado una dramática intervención del sistema bancario, los indicadores de empleo, inversión y exportaciones se derrumbaban y la oposición, tanto la tolerada como la clandestina, al fin encontraba la ventana de oportunidad para someter a presión al general Augusto Pinochet, que apenas dos años antes había trazado un luminoso cuadro de acceso a bienes durables para los chilenos gracias al modelo neoliberal.

El sorprendente estallido de la primera protesta del 11 de mayo, una jornada transversal desde el punto de vista geográfico y de clase en rechazo a la dictadura, obligó al bunker en que se había convertido La Moneda a reevaluar sus parámetros y el concepto de “plan político” se diseminó por los intersticios del régimen. Para esa función de distensión no servía el ministro del Interior, el hosco general (J) de la FACH Enrique Montero Marx, acostumbrado a la mano dura y a la intransigencia programática.

Aplacar a la base sociológica de sustentación del Gobierno -los gremios orientados al mercado interno, que habían sido claves en el asedio a la Unidad Popular y que ahora sufrían los costos del shock financiero- y contener a los opositores requería de una figura simbólica que remitiera a la vieja república. Esto llevó a Pinochet a resignarse a lo que para su fuero íntimo constituía una derrota: compartir la iniciativa con un “señor político”. Así se convirtió Jarpa en jefe de gabinete, mandatado a regañadientes por el general a ensayar una “apertura”. Para ello el ex parlamentario -de talante más nacionalista y autoritario que liberal- requería de

interlocución y mediación. Esta segunda función la asumió la Iglesia Católica. La primera, la recién estrenada Alianza Democrática (AD).

Lo que la apelación democrática y la defensa de los derechos humanos no habían articulado, lo hizo la debacle de la economía. En el verano del '83 un grupo de ex legisladores -en parte también azuzados por la nostalgia de los ritos del Congreso- optó por hacer política a través de una sociedad comercial: el Proyecto de Desarrollo Nacional (Proden). Su rostro fue un ex senador DC de furioso pasado antiallendista reconvertido en soldado del ala izquierdista de la falange llamado Jorge Lavandero. La vinculación que el Proden estableció con el movimiento sindical fue decisiva en las primeras convocatorias a protestas.

Manifiesto

Al calor de éstas se fraguó la Alianza. Su antecedente fundacional se produjo el 12 de marzo. En esa fecha un grupo de opositores suscribió el “Manifiesto Democrático”, un documento orientado a incentivar el diálogo partidario en la perspectiva de una democratización que incluyera la instalación de una Asamblea Constituyente. Sus firmantes fueron los DC Gabriel Valdés y Patricio Aylwin, quienes en una mesa de consenso de chascones y guatones dirigían el partido desde mediados de 1982; el socialdemócrata Luis Bossay; los radicales Enrique Silva Cimma, Luis Fernando Luengo y Duberildo Jaque; los socialistas moderados Ramón Silva Ulloa, Hernán Vodanovic y Julio Stuardo; y los liberales Hugo Zepeda y Julio Subercaseaux.

Este texto está en la matriz del más relevante bloque que enfrentó a la dictadura hasta la constitución del Comando del No -luego Concertación- en el verano de 1988, ya que eso fue la AD desde su configuración el 6 de agosto durante una cena de desagravio a Gabriel Valdés, detenido por llamar a la protesta de julio.

Aunque el encandilamiento de 1983 no permitió aquilatar la envergadura de este hecho, en la Alianza está inscrito el ADN del acuerdo que luego permitió la transición y que se ha proyectado hasta hoy: la coalición entre socialismo y humanismo cristiano, dos densas vertientes ideológicas que hasta el golpe habían estado enfrentadas y que sólo a fines de los '70 iniciaron un proceso de acercamiento basado en dos pilares. De un lado, la voluntad falangista de modificar el mesianismo del camino propio, buscando un pacto de gobernabilidad hacia la centroizquierda, y por otro costado la revaloración que un sector importante de la izquierda hace de la democracia “burguesa” y del esquema socialdemócrata, un camino que sin vuelta atrás distancia a esta franja del PS, el MAPU y la Izquierda Cristiana de los “socialismos reales” de la órbita soviética y del histórico frente con el Partido Comunista.

Si bien en la Alianza Democrática la columna vertebral -lo que le da finalmente sentido- es el entendimiento entre la falange y el socialismo renovado, primero PS Briones y luego PS Núñez, al conglomerado se sumaron otras expresiones entonces de vivir precario y futuro impreciso: el radicalismo “del interior”, alejado ya del espacio de la UP; la Socialdemocracia, también de indudables rasgos radicales; la Unión Socialista Popular (Usopo) y dos agrupamientos de derecha democrática que venían del tronco que hasta 1973 fue el PN: el Partido Liberal y el Partido Republicano.

DESPUÉS DE DIEZ AÑOS

Apenas instalado en La Moneda, Jarpa -cuyo estreno fue marcado por el despliegue de 18 mil soldados en las calles de Santiago y un balance de 26 muertos, aunque él en rigor no planificó esa virtual “ocupación” de la ciudad- buscó dialogar con lo que

pasó a llamarse “oposición democrática” nucleada en la AD para diferenciarla de la “insurreccional” o “marxista”, que a fines de septiembre se plasmaría en el Movimiento Democrático Popular (MDP), surgido precisamente una vez que el PC fue notificado de que su incorporación a la Alianza o a una coalición más ancha imposibilitaría cualquier trato con la dictadura.

El primer frente a frente en diez años entre el autoritarismo y sus adversarios se escenificó el 25 de agosto en la residencia del arzobispo de Santiago, Juan Francisco Fresno, en la ñuñoína esquina de Simón Bolívar y Suecia. En la ocasión la Alianza presentó sus “Bases del diálogo para un gran acuerdo nacional”. La plataforma opositora contenía tres ideas evidentemente maximalistas: convocar a una Asamblea Constituyente para generar una nueva Constitución, dejando aparcada la del '80 -que la AD consideraba “ilegítima” en su origen-; forzar la renuncia de Pinochet e instalar un Gobierno provisional cívico-militar que en un lapso breve condujera al país a la plena democracia.

Jarpa le aseguró a la AD que tenía facultades, aunque advirtió casi de entrada que la dimisión del general no estaba en la agenda de lo posible, sí sugirió que tenía luz verde desde la Presidencia para poner acelerador a la legalización de los partidos, adelantar la instalación del Congreso y hacer un viraje económico.

No les dijo sí a los contertulios que su programa también incluía la creación de un movimiento partidario que diera sustentación a la reproducción política del régimen militar. Pero como la oposición creía -probablemente también lo pensaba el propio Jarpa- que Pinochet no duraba en el poder hasta 1989, la cuestión del plebiscito de 1988 y del candidato no asomaron en el horizonte.

Una segunda bilateral se materializó el 5 de septiembre en casa de Fresno nuevamente. Sin embargo, a pesar de la recomendación del ministro del Interior, la Alianza no cedió en convocar a la quinta protesta, ya que el sentimiento dominante en ésta era que sólo este mecanismo permitía al Gobierno sentarse a negociar. Detener la movilización social descapitalizaría a la oposición.

Además, el PC no estaba dispuesto a abandonar una línea de acción que, aparentemente, en menos tiempo que el planificado le estaba dando la razón a la estrategia lanzada en 1980 de “todas las formas de lucha” representada en un FPMR que se aprestaba a debutar en diciembre de 1983.

El 5 se habló de recortar el período de Pinochet vía reforma constitucional, de terminar con el exilio y de realizar elecciones generales libres y abiertas. Pero en esa reunión ocurrió algo clave al proponer Jarpa que la AD se sumara al Consejo de Estado, órgano asesor al cual se había instruido iniciar la elaboración de las leyes políticas. Esto complicó a los hombres de la Alianza, que no querían ser cooptados desde palacio y exigían un calendario breve y conciso de democratización.

El 11 de septiembre Pinochet dio a entender que efectivamente estaba dispuesto a adelantar el Congreso. Esto se interpretó como aval a la gestión Jarpa. No obstante, el Ejecutivo no definía caminos concretos y la irritación comenzó a permear a los dirigentes opositores. Mirado desde la superficie, parecía que Pinochet estaba tan endeble que apenas acentuar la movilización social lo haría caer rápido y entonces para qué la ritualidad del diálogo con Jarpa, que sólo permitía al bunker ganar tiempo.

EL FIN

El 29 de septiembre fue el tercer encuentro. El portavoz de la AD, el timonel DC Gabriel Valdés, volvió a postular la Asamblea Constituyente para 1984, propuso una comisión paritaria para redactar en 120 días las leyes políticas, pidió un plan

económico alternativo y la “civilización” de la conducta verbal del Gobierno. No alcanzó a haber respuesta. El 2 de octubre Pinochet declaró que la Constitución “no se alterará” y que “los políticos podían seguir conversando no más”, pero que esto a él no lo inquietaba. El diálogo entre la AD y el régimen estaba fracasado. Pinochet había confirmado el aspecto más intransigente y calculador de su personalidad al haber autorizado una negociación que en definitiva no estaba dispuesto a aceptar en sus resultados.

El ex senador Jarpa siguió en 1984 intentando reflotar su plan de democratización controlada y estimuló para ello la resurrección partidaria de la derecha -a través de Andrés Allamand-, en la paradoja circunstancia de que él mismo en septiembre de 1973 había disuelto al PN al resolver que la acción política sólo la harían los militares. Incluso durante el '84 avanzó en una enmienda que también pareció contar con el apoyo de Pinochet. No obstante, en esta vuelta fue la Junta de Gobierno -donde radicaba el poder legislativo y constituyente desde el 11 de marzo de 1981- la que se encabritó y Jarpa volvió a quedar sin piso. Su ilusión aperturista terminó en febrero de 1985 al ser reemplazado por Ricardo García.

La Alianza siguió en 1984 manteniendo en alto la bandera de la vuelta a la democracia -se había convertido ya en uno de sus voceros temporales el fogoso economista socialista Ricardo Lagos- en un febril cuadro de nuevas protestas y más violencia urbana y guerrillera. No obstante, cada jornada de movilización evidenciaba también que la oposición se estrellaba contra un muro infranqueable si operaba desde la lógica paramilitar.

A mediados de 1985 el arzobispo Fresno lideró el Acuerdo Nacional -cuyo centro ideológico fue la AD, aunque la clave de este pacto es que sumó una pata en la derecha, Unión Nacional, y otra en la Izquierda Cristiana-, pero La Moneda a esas alturas creía haber recuperado el control público, la economía había salido del peor momento y el gremialismo estaba de regreso en el poder.

El agotamiento del esquema de la caída del régimen y de la refundación democrática en sus dos versiones, la ruptura democrática y la vía insurreccional, se prolongó hasta 1986. Ese año el PC creyó que el asalto al “palacio de invierno” estaba a la vuelta de la esquina y lo proclamó el “año decisivo”: internó centenares de armas por Carrizal Bajo y disparó contra Pinochet en el Cajón del Maipo. El fracaso de ambas apuestas por hacer estallar la historia le puso la lápida al ciclo inaugurado con las protestas más de tres años antes.

La AD dejó de tener sentido el 21 de diciembre de ese mismo año. Ese día el PS renovado comunicó, a través de Ricardo Lagos, que se iba del pacto. El partido quería independizarse, porque al final del día la Alianza se había hecho rutina en su operatoria y los socialistas sentían el llamado atávico de su historia y querían buscar entendimientos con la izquierda. El PS quería explorar un frente más amplio.

Sin embargo, un proceso subterráneo más profundo venía desde julio de 1984, cuando en un seminario del Ichech, Aylwin planteó el reconocimiento de facto de la Constitución como un cuerpo legal que regía y que creaba derecho, lo que supuso la aceptación del itinerario del régimen como el marco dentro del cual la oposición debería desenvolverse y tratar de modificarlo a su favor.

El diseño de Aylwin se hizo hegemónico en la DC a mediados de 1987 cuando éste derrotó a Ricardo Hormazábal, que encarnaba los restos del valdesismo anclados en la movilización social y la impugnación de la Constitución. A esas alturas la Alianza se preparaba para -sumando al PS Almeyda en 1988- convertirse en materia prima

de la Concertación a través del voto No en el plebiscito. Otra historia.

La historia de la Alianza Democrática

René Abeliuk

La real historia de lo que fue la oposición a Pinochet hasta el épico triunfo del plebiscito del Sí y el No del 5 de octubre de 1988, y de la elección presidencial de Patricio Aylwin al año siguiente, con sus avances y retrocesos, sus problemas y sacrificios, incluso de la vida, está aún por escribirse, ya que todas las versiones publicadas son incompletas, y parciales, según el sector que de la versión respectiva.

Inicialmente hubo muchos encuentros y conversaciones que fueron restableciendo la capacidad de diálogo y la tolerancia a las opiniones ajenas, incluso con los sectores más perseguidos de la UP. Las embajadas y oficinas profesionales prestaron un gran servicio en tal sentido, pues sus distintos actos fueron lugares de encuentro.

Finalmente se produjo una cierta maduración del actuar opositor a raíz de los encuentros que se generaron en las campañas contra la consulta de 1978 y de la Constitución de 1980. Impuesta ésta por la dictadura, se generó un acercamiento ante la consolidación, al parecer muy sólida, del régimen dictatorial. Ello dio paso a conversaciones, cuyos principales actores fueron Tomás Reyes, por la DC con el respaldo de Gabriel Valdés que hacía sus primeros pasos como Presidente de su partido; Luis Bossay Leiva, por la Socialdemocracia, Carlos Briones, por la fracción del Partido Socialista, que representaba en Chile la línea de Altamirano, y Enrique Silva Cimma, por el Partido Radical. A ellos se agregaron sectores de derecha democrática, agrupados posteriormente en torno al Partido Republicano, conducidos por Armando Jaramillo. Su importancia y la de su grupo derivaba justamente de provenir de la derecha, para probar que no toda ella apoyaba la dictadura.

Finalmente, el sexto representante en la Alianza fue la Usopo, liderada por un antiguo socialista, Ramón Silva Ulloa, que no había pertenecido a la UP, por lo cual podía actuar con relativa tolerancia del gobierno militar.

Apenas formada, la Alianza Democrática se lanzó después del Manifiesto Democrático en que llamaban al pronto término de la dictadura. Su lanzamiento coincidió con el llamado diálogo de Jarpa, por lo que Pinochet con su carácter cazurro lo aprovechó para decirle a sus compañeros de armas:

“¿Cómo puedo dialogar y ponerme de acuerdo con quien empiezan por pedirme que yo me vaya?”

En verdad el diálogo fracasó cuando Pinochet creyó que había superado la crisis económica de 1982, y dominado las protestas; salió Jarpa del gobierno y sus sucesores trataron de volver a la represión política previa, pero ya el país era otro, y la Alianza funcionó hasta que dio paso a la Concertación.

En la izquierda hubo una réplica a la Alianza, encabezada por el PC y PS de la fracción Almeyda, y otros grupos menores que constituyeron el Movimiento Democrático Popular (MDP).

La Alianza tuvo activa participación en las protestas que continuaron hasta bien entrada la década de los años 80, y que fueron dando origen a agrupaciones y actividades sociales, que culminaron en la Asamblea de la Civilidad, en que hubo además un puente con el MDP.

Se emitían además declaraciones, y se desplegaba la mayor actividad política posible. Participaban por la DC su presidente Gabriel Valdés, y también el secretario de la Alianza tenía esa misma militancia. Por el PS Briones, además de éste, comenzó a actuar y destacar un joven líder: Ricardo Lagos Escobar, y también Hernán Vodanovic. Por el PR además de Silva Cimma concurrían Eduardo Jara y Ricardo Navarrete. Por la SD, dejó de ir Bossay por su enfermedad que lo llevó a la muerte, y lo reemplazamos Mario Sharpe y yo. A Armando Jaramillo lo acompañaban Julio Subercaseaux, Javier Díaz u otros. También Gastón Ureta presidió un Partido Liberal, que se integró a la Alianza. Por la Usopo, participaban el mencionado Ramón Silva Ulloa, y el abogado Jorge Nimsptch.

A la Alianza Democrática le tocó pasar de la mera protesta, a una acción política buscando la permanente ampliación de la oposición, lo que la llevó a entrar en contacto con sectores del régimen proclives a la apertura democrática, lo que se tradujo en el Acuerdo Nacional, al mismo tiempo que se ampliaba la presión de gremios y agrupaciones sociales.

Las protestas culminaron con la detención de su directiva por la dictadura, quien finalmente tuvo que liberarla por la presión internacional.

Su agotamiento llevó a una especie de empate político que finalmente impulsó a la Alianza a una decisión histórica de insertarse en la institucionalidad del régimen, para modificarla desde adentro, tanto en lo político, como en lo económico-social, aspecto, este último, que aún no se logra reformar plenamente.

Esa es su importancia histórica imborrable.

Reivindicando la política para servir

Jorge Pizarro

En política ser oposición siempre es difícil, más aún lo es en dictadura y hacer oposición a la dictadura de Pinochet parecía casi imposible.

La lucha contra la dictadura fue plural, tanto en la forma como en sus contenidos. Cada chileno digno, de alguna manera colaboró en la lucha contra Pinochet y los poderes fácticos que lo respaldaban.

Siempre hemos destacado la lucha por los derechos humanos, por recuperar la democracia, la lucha por la libertad, por los derechos laborales...

Pero para quienes vivimos ese periodo tan intensamente y con un compromiso de vida política en la Democracia Cristiana y en otros partidos políticos, la lucha por la reivindicación de la política, de la verdadera política, era un objetivo central y eso es lo que nos distinguió de los demás luchadores de entonces. No hay que olvidar que el sueño y objetivo central de Pinochet era terminar con la política, con los políticos y los partidos, porque eran la lacra del país y los culpables de todos los males de los chilenos.

Parece importante recalcar este punto, porque el solo enfrentamiento con la dictadura militar por parte de los que luchábamos por los distintos derechos sin haber considerado el objetivo de reivindicar la política nos llevaba irremediablemente a un enfrentamiento ciego, sin otra perspectiva que el choque y la polarización total de toda la sociedad chilena de la época.

Por eso es que nuestra gran contribución a la transición pacífica y democrática de Chile, fue lograr convertir, a mediados de los ochenta, esa fuerza social en una actitud política capaz de dialogar, de buscar acuerdos y sobre todo de construir una alternativa democrática y pacífica a la dictadura, con capacidad de dar gobernabilidad y estabilidad política económica y social a Chile.

Por eso a partir de la Alianza Democrática y luego la Concertación de Partidos por la Democracia los chilenos fuimos capaces de derrotar a la dictadura dentro de su propia legalidad en el plebiscito del año '88 y luego con la elección del Presidente Aylwin en 1989.

Desde septiembre de 1973, luego del golpe militar, nuestra generación de jóvenes demócratacristianos tuvimos claro que nuestro lugar en la lucha contra la dictadura estaba primero en la reconstrucción de nuestra organización partidaria y de las organizaciones sociales, estudiantiles, sindicales, gremiales, etc.

A principios de los '80, cuando la tentación era que solo los movimientos sociales iban a derrotar a la dictadura, nosotros siempre fortalecimos las estructuras partidarias, porque estábamos convencidos que el movimiento social era insuficiente para lograr el objetivo central de recuperar la democracia.

Por eso no dudamos en generar una política de alianzas con otras fuerzas democráticas, aunque la historia de la Democracia Cristiana estaba marcada por las tesis del camino propio o la experiencia del partido único autosuficiente. Para nosotros, entonces, la Concertación no era una alianza circunstancial sino producto de una fe profunda en la necesidad de acuerdos sólidos más allá de las coyunturas políticas o electorales.

Por eso no dudamos cuando hubo que legalizar los partidos y llamar a los chilenos a inscribirse en los registros electorales para ganar el plebiscito del '88. Tampoco dudamos cuando algunos pretendían que el partido instrumental Por la Democracia se convirtiera en el partido único de la Concertación.

Tengo la convicción que nuestra lucha por la reivindicación de la política fue lo que permitió la transición pactada.

Esta transición ha sido larga y a veces frustrante para muchos de nosotros. Ha tenido defectos y sinsabores, que muchas veces se nos hace difícil de comprender y de justificar, Pero esta transición es la que nos ha permitido darle paz, estabilidad social, crecimiento y desarrollo económico con equidad y justicia social, pero por sobre todo permitió devolverles la dignidad a millones de chilenos.

Sin duda que siempre es más atractivo, lindo y heroico defender las otras formas de lucha contra la dictadura. Pero sin la lucha por la reivindicación de la política jamás habríamos conseguido nuestros objetivos de recuperar la democracia de manera pacífica y buscando el reencuentro entre todos los chilenos.

Es fuerte decirlo, tal vez es políticamente incorrecto plantearlo en este momento, pero en nuestra Concertación actual echo de menos un compromiso real por reivindicar la política, la verdadera política, la política grande, la política generosa, la del bien común, la política para servir y no para ser servido.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007 